

## LA MÚSICA

Siempre he dicho que la música amansa a cualquier animal y lógicamente a cualquier humano. ¿No lo creen así? Eso es lo que creía hasta ayer. Ahora pienso lo contrario. ¡Maldita música! Y sí, maldita toda la música, la de Beethoven, la de los Beattles, la de José Alfredo Jiménez, la de Manzanero, Bach, Gardel y todos los demás, todos. Juro no volver a oírla, o al menos no poner yo música pues eso de no oírla me tendría que destruir los oídos pues en todos lados la ponen a todo volumen, en los peseros, en las tiendas, en la iglesia y ya no se diga en antros o restaurantes. Todos piensan que es obligación ponerla para deleitarnos. Ahora me doy cuenta que no la odio desde ayer, ya la venía odiando cuando la escuchaba en la playa, en mi cuarto cuando los vecinos la ponen a media noche, en las reuniones de amigos en que ya con sus tragos todos cantan desafinados. Odio a los cantantes de la tele y a la música que tocan. Pero seguía amando a mis clásicos, a los tríos como los Panchos, a Pedro Vargas, a Edith Piaff, a Nana Mouskouri y a mil otros. Ya es muy largo el prólogo ¿no lo creen así? Voy al grano. Pero si no les doy algunos antecedentes míos no me van a entender. Y yo quiero que me entiendan pues pienso que puedo servir de ejemplo. Bien, empiezo. Soy ingeniero, no me va mal en mi carrera, gano lo suficiente para darme y darle a mi familia una buena vida. Mi familia la forman mi mujer y dos hijos, una muchacha de 18 y un joven de 19. Una familia unida en que todos nos respetamos y nos entendemos en todo. Yo les doy libertad, relativa, pero libertad. Lo que no les permito es lo que puede poner en peligro su vida o su futuro. Por ejemplo usar motocicleta. Mi hijo insistió mucho en que le comprara una. Nunca cedí. No iba a permitir que sus sesos quedaran

embarrados en cualquier calle como le ha pasado a tantos. El enojo de mi hijo duró unos cuantos días, después entendió que yo tenía la razón y a otra cosa. Siempre nos hemos entendido hablando. Bueno, al menos hasta ayer. Pero sigo. Ellos a su vez no me cuestionan sobre mi vida particular, sobre mi vida en el trabajo o en mis ratos libres. Lo mismo puedo decir de mi mujer. Ella hace lo que quiere, por supuesto después de sus obligaciones en su hogar. Yo jamás me meto con su familia, sus amigas con las que juega canasta, sus compras en el otro lado, los líos con la sirvienta. Repito, todos nos respetamos y nos queremos. Somos, o éramos una familia ejemplar. Y aquí viene lo de la música. Tuve un día sumamente pesado en el trabajo, y me estoy refiriendo ya al día de ayer, llegué con ganas de descansar, de cenar algo sabroso y sentarme a leer escuchando buena música. Con lo de la cena puedo decir que ya se me estaba haciendo agua la boca, pero qué decir del oído. Ni modo de decir que ya se me estaba haciendo agua el oído, o algo parecido pensando en la sinfonía de Mozart que era la que pensaba escuchar. Lo de la cena más o menos funcionó. Mi mujer me recordó que soy diabético y no puedo comer esto ni lo otro y menos eso. Fue cuando escuché ruidos, porque eso era lo que escuchaba y venían de mi aparato que tanto me costó. Pensé que se había descompuesto y hacía ruidos para que yo lo atendiera como era debido. Corrí a mi estudio donde lo tengo colocado. Ya cerca escucho más fuerte los ruidos y una voz que decía no sé qué cosas. ¿Se habrá metido un ladrón y está dando órdenes a mis hijos? Mi corazón empezó a latir con fuerza. No quise alarmar a mi esposa que había regresado a la cocina después de darme la bazofia que me endilgó. Perdón. No era bazofia, era lo que podía yo comer. Decidido abro la puerta y me encuentro a mis dos hijos tendidos, uno en el sofá y la otra en el piso, los dos como posesionados por el diablo, con los ojos en blanco y puedo jurar con las manos juntas, como si rezaran a un dios desconocido.

Desconocido para mí, pero no para ellos. En resumen estaban extasiados o sea en éxtasis. ¿Me entienden? Yo les hablé y no me escucharon, por el éxtasis pero también por el fuerte volumen en que tenían puesto el aparato. Pensando en que les había dado un ataque o que habían envenenado a los dos corrí a tocarlos. Ellos casi saltan del susto. Después fui a apagar eso que oían. ¡No lo apagues!, me gritó mi hija. ¡Está cantando los del Tri!, dijo mi hijo. Yo obediente fui a encender nuevamente el aparato. El cantante, por decir algo, se dedicaba a decir grosería tras grosería o frases vulgares. Mis hijos se pusieron a cantar con ellos. ¡Chinga tú tu madre, chinga tú la tuya! Decían a todo pulmón o a la mejor lo cantaban, no lo sé. Me fui indignando poco a poco pues antes estaba estupefacto sin poder pensar y menos hacer nada. Mis hijos escuchando esto y cantándolo, no es posible, me decía para mis adentros. Y no sólo la cantaban sino que la disfrutaban. Confieso que me salí de mis cabales pero no iba a permitir que se siguiera escuchando eso y sobre todo que usaran mi aparato para poner ese cidi. ¡Qué es esto! Grité mientras corría a apagar nuevamente el aparato. ¡No te atrevas a apagarlo!, gritó mi hija. ¡Ahora viene lo mejor!, gritó mi hijo. ¿Quién les dio permiso de usar mi aparato y sobre todo para oír estas porquerías? , dije. Nunca hemos pedido permiso para eso, dijo él. ¡Enciéndelo!, dijo ella. ¡Jamás! , dije. Mi aparato se descompuso, dijo él. Queremos oír esto, dijo ella. A los gritos acudió mi mujer. Preguntó que qué estaba pasando. Mi papá nos quitó la música, dijo mi hija. Ni que le fuéramos a descomponer su mugre aparato, dijo mi hijo. ¿Mugre?, dije yo. ¿No saben cuánto me costó?, es finísimo. Ya está pasado, dijo Luís, que así se llama mi hijo. Ni siquiera tiene para los Mp3, dijo Laura, mi hija. Déjalos, dijo María, mi mujer. Nada de déjalos, digo yo, que me llamo Raúl por si quieren saberlo. María mi mujer, Luís mi hijo, Laura mi hija y yo Raúl. ¿Se acordarán? Bueno. Sigo. Ahora les reclamé su gusto, les reclamé que

escucharan eso tan vulgar y tan pobre musicalmente. Es un bodrio acabé por asegurar. ¿Bodrio el Tri? Preguntó Laura. ¡Es lo máximo! , aseguró Luis. María no pudo contenerse y metió su chancla: si eso les gusta a ti qué. ¿Cómo que a mí qué? Grité, ya no dije. No voy a permitir que mis hijos se vulgaricen y menos que usen mi aparato para esto. Si estuvieran escuchando a Pavaroti o hasta Andrea Bocelli lo pasaría, pero esto...Esto, como tú lo llamas es lo actual no esos cantantes que sólo saben gritar todo el tiempo como si los estuvieran ahorcando, me dijo Laura mirándome directamente a los ojos en reto. Lo que pasa es que tú ya estás pasado como tu aparato, dijo Luís, mirando a su madre para que lo apoyara. Y esta que nada le falta para darme la contraria dijo que así es, que yo ya estoy pasado. Y no sólo lo dijo sino que se rió la maldita. ¿Pasado? ¿Que quieres decir con eso de pasado? Pregunté. Pasado quiere decir pasado, afirmó Luís. No estás diciendo nada, dije. Yo me entiendo, dijo él. Pues yo también quiero entender, dije. Déjalo, pidió Laura, no a mí, sino a su hermano. Agregó: no tiene caso, no va a entender, ya está ruco. ¿Ruco yo? ¿Dicen que estoy ruco muchachitos de mierda? Y a partir de esto que yo dije nos soltamos todos hablando, gritando, gesticulando. Las palabras que predominaron fueron: inútiles, acabado, tú no te metas en lo que no te importa, mierda, niños cagones, impotente, puta, se me largan de esta casa, es nuestra y no tuya. Faltó muy poco para que se iniciaran los golpes. Confieso que yo fui el que perdí. Eran tres contra uno. Salí de la casa para no volver nunca más. Eso se los aseguro. Nunca, nunca, nunca como en la canción. Y ya estoy otra vez con la música. ¿Es que no puedo deshacerme de ella? ¡Maldita sea, por tu culpa me pasó lo que me pasó. Maldito sea el Tri!

Tomás Urtusástegui

2005